

Hafid, Ben Hassán Muley

Juan Pando Despierto

Fez, 1875 / Enghiens-les-Bains, al noroeste de París, 1937

Undécimo soberano alauí. Nada más fallecer su padre, Muley Hassán, su hermano menor se vio alzado al poder por los perversos designios de Ba Ahmed, el gran visir, interesado en proseguir su “reinado en palacio” con aquella persona más indefensa por su adolescencia y carácter, Abdelaziz. Hafid, príncipe sin reino ni futuro, compartió con su otro hermano, Muley Mohammed, destronamientos emparejados con destierros separados. Mohammed encontró refugio entre los montañeses de Tadla, en el Medio Atlas. Hafid fue hacia el sur presahárico, la tierra de los almohades. Vida sin lujos, también sin estrecheces. Allí se enteró de que le habían concedido autoridad sobre cuanto sus ojos vieran. Todo y nada. Mandar sin poseer.

Muley Hafid tenía entonces (1894) diecinueve años. Bajo un cielo azul cobalto y la inmensidad dorada a su alrededor, se sintió libre y fuerte, capaz de unir lo más alto con lo más cercano: gobernar en nombre de Dios y en favor de los hombres. El ideal monárquico.

Según se fortalecía su cuerpo, así también su alma. Lejos de misticismos, profundizó en las reglas coránicas y juró no faltarlas nunca. Se prometió a sí mismo jamás claudicar en sus derechos de progenitura al reino de sus antecesores. Aprendió, dudó, estudió y perseveró.

Al filo del nuevo siglo, se incrementaron las noticias desalentadoras: en todo Marruecos, los cónsules de las grandes potencias dictaban la política del Majzen; en Fez no había un único gran visir, sino “tres”: los representantes de Alemania, Francia e Inglaterra. Mientras, su hermano Abdelaziz despilfarraba el tiempo y el tesoro público con maniática regularidad e impavidez infiel. Esas pérdidas en dinero nacional e irrepetibles oportunidades para el pueblo marroquí endemoniaban al entorno de Muley Hafid. El aspirante a sultán les contuvo: él estaba preparado; su ejército, no. Por la abrumadora evidencia de que no existía tal ejército, ni él, consecuente jefe del mismo, veía posibilidad alguna de encabezarlo. Aparte de armas y dineros, para alistar un ejército se necesitaba una bandera, un compromiso, una misma fe.

Además, existía la realidad geoclimática y la político-militar. Las tropas francesas, asentadas en Argelia, se extendían por el Sáhara. Desde 1890 habían llegado al Adrar y el Tagant, incluso hasta los oasis de Atar. Se desplazaban en camellos y exhibían disciplina y método. El venerable Ma el Ainin, aislado en su *zauia* (cofradía religiosa) de Smara, tenía los días contados: las enseñas francesas ondeaban en Tinduf. Los escuadrones maelainíes, de puro escualidos que eran, se disolvieron (1906) entre la

arena y el viento en cuanto los franceses empujaron con brío y decisión. La fe no bastaba. Tampoco las monedas de plata que, por sacos, Ma el Ainin recogiera en Fez de la mano del asustado Muley Abdelaziz. Los supervivientes de la odisea, la mayoría de las tribus y hasta las nubes mismas marcharon hacia el noroeste (1907).

Muley Hafid dedujo dónde encontrar esa fuerza de resurrección que tanto le urgía: en las capitulaciones de Algeciras (“la Ciudad Verde”); en la ignominiosa rendición de Fez ante las intrigas extranjeras; en la ausencia de ejemplaridad del sultanato, ladrón del ideal marroquí.

Y, sin dudarlo, dio la orden: todos, por pocos que seamos, saldremos de Marraquech. Iremos en pos de nuestro destino. En el Atlas o en el fin del mundo. Allí plantaremos nuestras tiendas y familias, nuestra fe y razón. Y nos será devuelta magnificada o en batalla caeremos todos.

El desafío de Hafid era tan epopéyico y refulgía con tal limpieza moral —alzar la cabeza ante los imperios; recuperar la dignidad patria, convertir a los marroquíes de pueblo amenazado por la esclavitud en pueblo liberado por sí mismo, redimido ante su legendaria historia sin más ayuda que la de Dios y el vigor de la ascesis personal (*jihad agbar*)—, que los ulemas de Marraquech se convirtieron al “hafidismo” y a su guía reconocieron como sultán. Bien estaba que Hafid partiera, pero mejor ungido por la legitimidad, bandera que desde muy lejos se ve.

Faltaba entrar en Fez. Abdelaziz contraatacaba con la indiferencia, arma letal de Estado, incluso para el que la emplea. La marcha al norte duró cuatro meses. Una eternidad para los que la realizaron, un relámpago para el que recibió el anuncio de su llegada. Abdelaziz huyó el 30 de agosto de 1908. Aún se dejó maletas por llevar y orgullos por esconder.

Muley Hafid recibió el entusiasmo que todo profeta libertador merece, saludó con emoción a los estandartes de las enardecidas tribus bereberes, sintió erizársele el cabello con los “yu-yu” de cincuenta mil gargantas femeninas, aceptó las fingidas felicitaciones de cónsules y embajadores extranjeros, y, en una pausa, pudo al fin asearse y comer algo. El horizonte de un Marruecos digno y fecundo para sus habitantes le llevó a profundo sueño. Al despertarse, depositó su semilla en tres vientres y volvió a dormirse como torre de fortaleza impávida ante el tiempo. Al día siguiente, la mitad del sueño había muerto por la noche. Le pidieron permiso para enseñarle los libros de contabilidad. Deseó quemarlos: todo eran deudas y mentiras.

Llegaron dos años de ahorros y pesares, a los que siguió la sublevación de

algunas tribus descontentas. Descubrió que las guiaba un hermano suyo al que ni conocía. El descontento radicaba en la promesa de saqueo. Como nada le quedaba, nada podían robarle. Pero sitiado seguía. Sin moneda para pagar soldadas ni comprar armas, destronado estaba por segunda vez. El Mokri, gran visir, y sus ministros le aconsejaron pedir ayuda a Francia. Antes la muerte. Pero los sitiadores no cedían y el hambre crecía en Fez. Ganó Francia. Que envió un general justiciero (Moinier) con artillería y ametralladoras como intratables alguaciles. Del ejército sitiador no quedó ni rastro, pero él se sabía cautivo (11 de julio de 1911). Los demás imperios, poderosos o inválidos, acudieron al botín. Alemania enseñaba su bandera de guerra en aguas de Agadir. España, de puntillas, entraba en Larache y Alcazarquivir. Quiso gobernar con paciencia y disimulo. Francia disimulaba más e impaciente parecía: pretendía expulsarle o sustituirle por otro hermano, para que este le matase o encarcelase de por vida. Pasó el otoño, empezó y murió el invierno y, sin transición, apareció la primavera. Con hoces en lugar de flores. Dentuda, bastarda, muda y tuerta, a rastras llevaba el año maldito y con tal grado de maldición intrínseca, que maldecidos quedaron los que lo impusieron y los sometidos: 1912.

Aquel 30 de marzo la Francia de Regnault y el Marruecos de Hafid firmaban los pliegos por los que el segundo aceptaba la “protección” del primero. Un rey, heredero de reyes que dominaron media África y media Europa, protegido por un meliflúo funcionario pavoneándose con casaca a lo Bonaparte. Deseó ser parte del ayer, pedir el alfanje más cortante y cortarle la cabeza a ese muñeco firmante de un documento que a los dos les mataba a la vez.

No es que fuese injusto, ni desproporcionado: era un acto venenoso y, como tal, mortal. Hafid sabía que ingería veneno. Lo sorbió de golpe. Fue honrado con su conciencia y valiente ante su pueblo. Podía haberse cortado las venas en el momento del baño u ordenado que lo matasen al modo clásico. Abdelaziz no volvería; él tenía hijos que guardar al igual que cientos de miles de padres marroquíes. Se debía a ellos, no a su vanidad ni frustración. Regnault solo pensó en su realidad de etiqueta y en repetir su torpe “kikiriki” de gallo aprendiz. Creyó que paladeaba un champán exquisito: el reservado a los vencedores, a los elegidos, a los que imponen su ley. Lo sorbió lentamente. Y su recorrido causó idéntico efecto: persistente, inmune ante cualquier tratamiento, siempre doloroso para el cuerpo y el espíritu envenenados.

Fue la muerte colonial que afectaría a Francia en una devastadora agonía

que duraría cincuenta años: reconocimiento, por el general De Gaulle, el 18 de marzo de 1962, de la independencia de Argelia. Ese final de los imperios europeos empezó en Fez, continuó en El Cairo, Beirut, Damasco, Bagdad y Ammán; siguió en Palestina, a la que dividió en dos por mandato previsor de la ONU (1946), prosiguió en India y Pakistán (1947), giró sobre sí mismo con violencia autodestructiva y de tan ciclónica furia surgió un país-erizo, rescoldo de brasas perpetuas y anuncio de mayores hogueras (Israel, 1948); de allí fue a liberar las Indias Holandesas (Indonesia, 1949); capituló en Indochina (1953); reventó en Argelia (1954); tomó otra identidad con el clamor de Marruecos (1956) y, desde el solar del Imperio jerifiano, dio la vuelta al mundo. Para transformarlo, liberándolo y, en gran medida, para desesperarlo. Muley Hafid lo intuyó y soñó. Solo así pudo firmar en paz el acta de su abdicación el 12 de agosto de 1912. Destronado por tercera y última vez. Otro hermano suyo le sustituía: Muley Yussuf. Se desearon suerte con la mente y cada uno fue por el lado de la historia que le correspondía.

Muley Hafid tenía entonces treinta y siete años. Bien de rostro y mejor de mirada, su cuerpo no tenía tan buen ver: estaba obeso y le costaba andar con agilidad. Su cabeza le reclamaba alegría y descanso. Con la renta anual que Francia le había fijado tenía para satisfacer una y pagar otro: 395.000 francos. En la época equivalían a 98.750 pesetas. Suponía el sueldo de tres tenientes generales del Ejército español con sus trienios y cruces pensionadas. Hafid gastaba lo que hacía falta y en muchos sitios le invitaban. Su aparición era saludada con sonrisas y brindis. Atraía clientes y daba espléndidas propinas. Tuvo que viajar hasta París para firmar su expediente como pensionista de Francia. Se demoró y apareció una Alemania invasora, con tal empuje, que sus vanguardias llegaron a veinticuatro kilómetros. El Gobierno Viviani, antes de huir, ordenó a Muley Hafid que huyera también. Le pareció el colmo: los que huían bajo el pánico obligaban a que huyeran los que ningún miedo tenían. Volvió a España. Residió en Barcelona, con viajes esporádicos a Madrid y extensiones hasta Tánger, a las que no podía renunciar. Se convirtió en un personaje muy popular. Se encontraba a gusto, sin dejar de asombrarse. España era un país de cuento y sueño, donde la gente se levantaba tarde, comía muy tarde, se echaba larga siesta, volvía a levantarse, cenaba tardísimo y se acostaba de madrugada. En cuanto a problemas, ninguno, porque las obligaciones eran pocas o no se atendían.

Entrada España en revolución y guerra, marchó a París, que no era Fran-

cia, sino el país de París, gobernador intransigente de su resignada patria. Le sorprendió ver las calles y plazas surcadas por el ir y venir de mujeres enlutadas. Las viudas de la guerra. Las había a miles. Un millón cien mil franceses habían muerto en el frente. Cada uno de ellos tuvo su madre o su hermana o una hija, incluso había viudas con padres y esposos muertos. Volvió a Enghiens-les-Bains, al noroeste de la Ciudad de la Luz. Con más luces que nunca para espantar tristezas.

Toda Francia se hallaba en pena y la mitad llevaba velo. Enghiens no era la excepción: prohibidos los casinos en 1919, Pierre Laval los había autorizado en 1931, con limitaciones. Ciudad-lago y capital del azar, nadie pescaba allí ni disfrutaba al jugar. La policía le vigilaba con descaro. La policía española le había escoltado y protegido. La francesa le vigilaba y molestaba. Se cansó de la humedad constante, de estrechar manos resbaladizas, de gentes huidizas que escapaban cuando él se acercaba, de mañanas plomizas y tardes tenebrosas, todo gris y opresivo; la vida detenida, la familia desvanecida. Su hermano Muley Yussuf había muerto en 1927. Su sobrino Mohammed era el nuevo sultán. Otro prisionero, otro “protegido”. Francia: inigualable en reponer las figuras rotas para su colección de rehenes. Los alauíes quedarían en dinastía de cautivos. La guerra en España no acababa. Echaba en falta la bóveda azul celeste de Madrid, ese Marraquech almohade sitiado y cañoneado, con el hotel Palace, donde tantas buenas noches pasara, convertido en hospital de sangre y encima bombardeado; el cosmopolitismo y la elegancia de Barcelona, ciudad con mar y catedral que al cielo llegaba, inmune todavía a los ataques aéreos. Enghiens había sido una pésima decisión. Lo mejor que podía hacer era morir de una vez. Y es lo que cumplió un domingo de abril de 1937, sin que a Francia le importase y a él dejase de preocuparle Francia. Tres años después, Enghiens y París se rindieron a la vez. Soldados alemanes sustituyeron a los policías franceses. Muerta la Tercera República, había tres Francias: la de Pétain en Vichy, la de Londres con De Gaulle y el Hexágono en sí, sometido al “Protectorado” del Tercer Reich.